

PREÁMBULO PARA UNA ESTRATEGIA DE FUTURO EN LA SIERRA DE ARACENA Y PICOS DE AROCHE EN RELACIÓN AL PATRIMONIO¹

Félix Talego

Universidad de Sevilla. Grupo de Investigación GEISA

El tema de esta mesa es “Apuestas de futuro en la gestión del patrimonio de la Sierra de Huelva”. No obstante, he preferido dedicar el corto espacio del que dispongo a tratar sobre el desarrollo, y lo justifico: qué sea del patrimonio serrano en el futuro, más aún, qué se entienda en adelante por patrimonio de la Sierra de Aracena y Picos de Aroche, lo que es lo mismo, aquello que define e identifica a esta comarca y sus pobladores, que sea eso, va a depender en medida importante del modelo de desarrollo que se implemente, o más aún, de qué se entienda por desarrollo. En base a esta premisa, resulta del todo pertinente incorporar al debate sobre el futuro del patrimonio serrano una reflexión sobre qué sea el desarrollo y cómo aplicar lo que ello deba ser a esta comarca. El primer apartado tratará sobre la noción o nociones del desarrollo en general. En el segundo propondremos la aplicación, no tanto de medidas sino de principios, a una política alternativa para el desarrollo en la Sierra.

¹ Agradezco a Marcelino Vázquez Forero, exgerente de la Cooperativa Castañera Serrana, a José Manuel Benítez, responsable de COAG en la Sierra, a Nuria Ortega, gerente del Grupo de Desarrollo Rural, a Toñi Rodríguez, de la Delegación de la FOE en Huelva y a Vicente Rosselló, técnico de la Agencia Idea, que respondieron generosamente a las cuestiones que les planteé para obtener información y valoraciones sobre diferentes aspectos relacionados con el desarrollo en la Sierra. No obstante, soy responsable exclusivo de las afirmaciones del texto. Agradezco, finalmente, a Lina Gavira la gentileza de invitarme a participar en esta mesa. Tanto ella como Isabel González Turmo, que completa la mesa, son, en lo personal, queridas y en lo profesional admiradas por mí.

SOBRE EL CONCEPTO DE DESARROLLO

El concepto de desarrollo tiene diversas acepciones y se lo emplea en el lenguaje común en sentidos heterogéneos, tanto para referirse al cumplimiento de las potencialidades de los seres vivos hasta alcanzar la madurez y plenitud, como para aludir a procesos históricos que, al menos desde la perspectiva de historiadores y analistas, suponen la realización plena de posibilidades que en períodos o fases anteriores sólo estaban dados como tendencia o en germen. En nuestro caso, nos limitaremos al análisis de la acepción sociológica del término, no a la biológica, aunque ya es interesante hacer notar que se emplea el mismo término para referirse a procesos biológicos y a procesos históricos: ello apunta a un sustrato organicista en la concepción de los procesos históricos, como si de seres vivos se tratara, que contienen ya en potencia posibilidades que han de llegar a ser y que, de no serlo, significaría truncar un proceso prefigurado, sea por Dios, los Dioses o alguna Ley Universal. Ciertamente, tras la noción de desarrollo que se emplea en referencia a los procesos sociales se encuentra una concepción evolucionista de la historia, deudora del mesianismo bíblico y que presupone siempre, más allá de las diferentes versiones, creer que la humanidad se encamina inexorablemente a algún destino, a algún final, que es posible vislumbrar, incluso con bastante certeza. Así lo creen todos los historicismos.

En la modernidad occidental, dos paradigmas de pensamiento dominan el panorama de las ideas y creencias acerca del sentido de la historia: el liberalismo y el marxismo. Las diferencias entre ambos paradigmas son importantes, como lo atestiguan las tensiones e incluso las luchas que han tenido lugar durante los siglos XIX y XX con el telón de fondo de esa disyuntiva ideológica. Sin embargo, son más las convergencias que las divergencias entre liberalismo y marxismo, especialmente si tenemos en cuenta en particular la vertiente económica del liberalismo y su concepción del “homo economicus” y su supuesta propensión “natural” al egoísmo y al lucro. El marxismo tiene una concepción distinta del ser humano, proclive

a la fraternidad y el socialismo. Pero ambos paradigmas se hermanan en la defensa de la tesis fundamental del productivismo. Este se define en esencia como la creencia de que la mejora de la humanidad (*Progreso*) dependerá del aumento de la cantidad de bienes y objetos elaborados. Según ello, la humanidad se acercará más a las condiciones ideales de existencia en la medida en que aumenten en cantidad y variedad los bienes materiales de que pueda servirse. Para el productivismo, el bienestar y la calidad de vida son ante todo abundancia material y, de hecho, son aun dominantes los informes y estudios que correlacionan calidad de vida de las poblaciones con capacidad de consumo; para el productivismo (para el liberalismo imperante y para el marxismo decadente) son lo mismo bienestar y opulencia material.

En la tesis productivista se halla además otro supuesto, de consecuencias capitales y de éxito tan rotundo que ha llegado en nuestro tiempo a tenerse por la cosa más obvia y natural: que la riqueza se crea, y no sólo eso, sino que ha de seguir creándose indefinidamente, único camino para erradicar la pobreza, que es considerada esencial o exclusivamente carencia material. Es el mito fundamental de la modernidad occidental: el mito creacionista moderno, según el cual el mundo es una obra inacabada y en proceso, que ha de ser llevada a término por la humanidad². Para apreciar la singularidad de este mito no es menester aludir a otras tradiciones culturales, sino que la misma historia de las mentalidades occidentales ya lo ilustra: en las civilizaciones antiguas del Mediterráneo y en todo el pensamiento europeo anterior al triunfo del liberalismo (s. XVIII) se tuvo la certeza, igualmente cristalina y elemental, de que crear era un atributo reservado a los Dioses, o a Dios, y que lo que correspondía a los hombres era administrar la obra de la Creación. Para todas esas generaciones, la formulación de nuestra creencia fundamental de que la riqueza se crea y de que hay que seguir creándola, habría resultado ininteligible o descabellada. John Locke se cuenta entre los primeros pensadores que dieron forma y solidez intelectual al mito creacio-

² H. Arendt: *La condición humana*, Barcelona, Piados, 1996, cap. VI; C. Sánchez Capdequí, *El dinero y el anhelo de inmortalidad del individuo moderno*, *Política y Sociedad*, Vol 41, nº 1, 2004.

nista liberal, cuando fundamentó la legitimidad y primacía de la moderna propiedad privada enajenable sobre otras formas de propiedad:

*“La ley de la naturaleza es la de la propiedad común de la tierra y de todos sus productos. Pero que mientras algunos, como los indios de América, viven según la ley de la naturaleza, otros transforman e incrementan los recursos naturales mediante su trabajo, que les da un derecho de propiedad: cada cual tiene... un derecho particular sobre su propia persona, sobre la que ningún otro puede tener ninguna pretensión. El trabajo de su cuerpo y la obra de sus manos son su bien propio. Todo lo que ha sacado del estado de naturaleza con su esfuerzo y su industria le pertenece sólo a él...”*³

El desarrollo es justamente la prosecución del proceso de *creación de riqueza*, y si últimamente se le añade el epíteto *sostenible* es para intentar salvar la crítica de que es objeto el concepto por la propuesta ecologista (paradigma no productivista contemporáneo): se pretende así que se puede seguir creciendo sin mermar más los recursos naturales, que ya nadie niega que son finitos y frágiles. Los defensores del productivismo pretenden salvar así lo esencial de su creencia: que la riqueza se crea, que es en lo esencial opulencia material y que la concentración de capital y poder son en realidad la materialización de la *creación de riqueza*, y que a mayor *creación de riqueza* menor pobreza, considerando a ésta como carencia material y no como lo que es en el fondo y en lo fundamental: desigualdad y sometimiento.

El programa del productivismo en su versión liberal (la marxista pertenece al pasado) ha sido y continúa siendo formulado de cien mil formas, pero reproduciendo invariablemente los principios filosóficos elaborados por Locke y, especialmente, por Adam Smith, padre de todos los economistas ortodoxos que han venido después. Pero queremos rescatar la formulación productivista que hizo en 1930 Lord Keines, porque la expresó en términos llamativos, que ilustran cómo tales principios han sido elevados a dogma e incluso sacralizados en nuestro tiempo:

³ A. Touraine: *Crítica de la modernidad*, Madrid, Temas de Hoy, 1993, p. 72

Dijo que no estaría muy lejos el día en que todo el mundo fuera rico. Pero, “¡cuidado!” continuó diciendo, “la hora para todo esto no ha llegado todavía... Por lo menos durante otros cien años debemos simular ante nosotros mismos y ante cada uno que lo bello es sucio y lo sucio bello, porque lo sucio es útil y lo bello no lo es. La avaricia, la usura y la precaución deben ser nuestros dioses por un poco más de tiempo todavía. Porque sólo ellos pueden guiarnos fuera del túnel de la necesidad económica a la claridad del día”⁴.

A tal extremo ha llegado la creencia productivista de que la *creación* de riqueza está teniendo lugar y debe proseguir, que los expertos en Economía están convencidos de que pueden medirla y expresarla incluso en centésimas. Son las cifras del PNB, del PIB y otras que se nos repiten machaconamente varias veces cada día por los medios de comunicación, para que no se nos olvide que debemos seguir *creciendo* y supeditar todo a esa exigencia superior, incuestionable, sacral. Así, se computa como tal la conversión de un bosque o un prado en un polígono industrial, la elaboración de todo tipo de objetos y cachivaches, pero también su destroz o consunción: es *creación de riqueza* el número de coches que salen de las factorías, pero también los accidentes de tráfico y la actividad de almacenamiento de neumáticos y otros desechos intratables; la plantación de árboles como los incendios forestales; la extracción de petróleo como su vertido en los mares y costos de limpieza (la limpieza del chapapote gallego computó preceptivamente como contribución al PIB gallego del año correspondiente), la extracción de cobre como los accidentes de los residuos ácidos generados en dicha actividad extractiva (también la limpieza del vertido de Aznalcóllar “aumentó” el PIB andaluz y español aquel año), etc, etc. ¡Qué decir de las carreteras!; cada nuevo kilómetro de alquitrán es entusiasta y meticulosamente anotado como *creación de riqueza*; las carreteras son uno de los grandes símbolos del discurso productivista y se cree que son mucho más que vías que conectan puntos y reducen distancias (ignorando que, simultáneamente, desconectan otros puntos y crean nuevas distancias). Se cree que son algo así como pistas que conducirán a la humanidad hacia un Futuro de Abundancia (material).

⁴ E. F. Schumacher: *Lo pequeño es hermoso*, Barcelona, Orbis, 1983, p. 24

En definitiva, el paradigma productivista ha generado sus propios objetos de culto, sus propios santuarios. La carretera es uno de ellos, y más si no tiene apenas curvas ni desniveles, porque permite mayor velocidad, y la velocidad santifica: entre los grandes héroes de nuestro tiempo descuellan los que baten records de velocidad y logran alguna centésima menos. Precisamente ahora, los responsables de la cosa pública, convencidos de la bondad de la velocidad, están empeñados en construir una carretera más, que llaman “vía rápida”, que atravesará la sierra de parte a parte, a lo derecho, como un tajo que se llevará por delante miles de árboles para “economizar” unos minutos de viaje: “el medio ambiente no puede ser obstáculo para el desarrollo” ha declarado uno que acaba de ocupar un cargo decisorio.

El culto a la velocidad tiene ya sus años, y son desde luego largos e indelebles sus efectos sobre el planeta. Entre los primeros cantores de la velocidad encontramos a F. T. Marinetti, que fue poeta, pero, ante todo, fundador y jefe del futurismo italiano y eminente fascista. En su manifiesto futurista de 1909, que es al tiempo un manifiesto fascista, proclama, entre otros, los siguientes principios:

Hasta ahora, la literatura ha exaltado una inmovilidad pensativa, el éxtasis y el sueño. Nosotros exaltaremos la acción acometedora, el insomnio febril, el tranco del corredor, el salto mortal, el puñetazo y la bofetada.

Decimos que la magnificencia del mundo se ha enriquecido con una nueva belleza: la belleza de la velocidad. Un coche de carreras con la capota adornada por grandes tubos, como serpientes de aliento explosivo –un coche atronador que parece rodar por sobre metralla- es más bello que la victoria de Samotracia.

Cantaremos un himno al hombre que va al volante, que arroja la lanza de su espíritu a través de la tierra.

... El Tiempo y el Espacio murieron ayer. Vivimos ya en lo absoluto, porque hemos creado la velocidad eterna, ubicua⁵.

Releyendo este manifiesto cabe dudar del fracaso del violento programa fascista: los coches, nuestros coches, poéticamente descritos por Marinetti, son el objeto de culto por excelencia: todo para ellos, toda la geografía a su merced e infinitas alfombras de alquitrán para atravesarla, hasta profanar cualquier rincón del bosque, hasta reventar por dentro las viejas ciudades europeas para que cupiera en ellas el automóvil y mutarlas en conurbaciones que ya no se pueden andar, excepto algún rincón reservado al turismo. La nuestra es la época del Automóvil. Durante todo el siglo XX y lo que va del XXI, las mejores energías, los mayores esfuerzos, los más brillantes talentos (los mejores ingenieros, físicos y químicos) han sido dedicados a todo lo relacionado con el desarrollo de la industria automovilística. El salto ha sido espectacular y revela una vez más la fuerza que genera la creatividad y la coordinación humana. En algo más de setenta años se ha pasado de aquellos vehículos torpes a estas máquinas sofisticadas capaces de alcanzar los 100 km en pocos segundos. Se valorará más justamente lo que ha significado esta entrega al culto al automóvil y la velocidad si la comparamos con épocas pasadas de la vieja Europa. George Duby ha llamado a la Baja Edad Media la época de las catedrales⁶ y ha querido con ello expresar que, en aquel tiempo, lo más y lo mejor se orientó a la creación de esos grandes templos del silencio, el recogimiento y la oración, porque entonces se creía que eran esos templos lo que acercaba al hombre a lo más valioso, que no era la velocidad y la máquina. Si hoy se celebran los logros de ingenieros automovilísticos como Andrea Stella o Massimo Rivola, entonces se celebraban los logros del Maestro Mateo o de Diego de Siloé. ¿En qué se equivocaron o cómo se excedieron aquellas sociedades al dedicar tanto esfuerzo y talento a esas obras imponentes y propiciadoras de la experiencia numinosa⁷? ¿Estamos nosotros equivocándonos al dedicar tanta energía, tanto talento, a provocar efectos muchas veces irreversibles sobre la naturaleza,

⁵ E. Fromm: *Anatomía de la destructividad humana*, Madrid, Siglo XXI, p. 341

⁶ G. Duby: *La época de las catedrales: arte y sociedad*, Madrid, Cátedra, 1993.

⁷ R. Otto: *Lo santo. Lo racional y lo irracional en la idea de Dios*, Madrid, Siglo XXI, 2007.

para disminuir un tanto más el tiempo en recorrer distancias? Al menos, es nuestra responsabilidad reflexionar sobre ello y no darlo como un hecho ineluctable, casi como un fenómeno natural más.

BASES PARA UNA ALTERNATIVA AL DESARROLLO

Hemos visto ya que el concepto de desarrollo está casi enextricablemente unido en el lenguaje de los analistas sociales, no digamos en el de los economistas y, por influencia de estos, en la ciudadanía en general, al del supuesto *crecimiento económico*. Quienes no somos creyentes del dogma de que la riqueza se crea y crece, o somos al menos agnósticos, tenemos un dilema difícil con el empleo del término “desarrollo”: algunos descreídos optan por desechar el término y recurrir a otros que no estén contaminados por el mito creacionista moderno; otros pretenden recuperarlo y limpiarlo de tal adherencia mítica, aunque sea para incorporarle otras, porque el ser humano siempre ha necesitado mitos, y seguiremos necesitando. Desde nuestro punto de vista, si el concepto es rescatable, tiene que significar, en Europa y el llamado *primer mundo*, decrecimiento. Con tal término no se quiere significar que cambie la tendencia de los indicadores económicos que han diseñado los discípulos de Adam Smith y que respaldan los ministros, los aludidos del PIB, etc, para que disminuyan sus números. No, porque, simplemente, los descreídos del *crecimiento económico* (todos los que no aceptamos el paradigma productivista) no reputamos los instrumentos que pretenden medir lo que tenemos por entelequia. Decrecimiento apunta a un replanteamiento a fondo de los valores sociales imperantes, para decidir qué es importante; qué merece ser hecho; qué tenemos que preservar, de qué podemos prescindir.

Pero estas respuestas no la puede proporcionar la Ciencia, endiosada también por las ideologías modernas. Lo que el científico puede decirnos es qué se puede hacer; no qué merece ser hecho. Tampoco puede decirlo el economista, que, como tal, parte del supuesto de que la riqueza se “crea” y de que la “crea” la actividad crematística. ¿Quién puede entonces determinar qué merece ser hecho?: todos nosotros, y también el científico y el economista, pero con la misma autoridad que el resto de los ciudadanos. Es

decir, qué merece ser hecho, qué hay que preservar como patrimonio y de qué podemos prescindir, son cuestiones que competen a todos y han de ser resueltas democráticamente, sin olvidar que democracia no sólo es respeto a las mayorías, sino respeto a las minorías y a la diferencia.

Desde una perspectiva no productivista y no materialista, la vida de nuestro mundo contemporáneo, con especial intensidad en las regiones llamadas desarrolladas, se nos muestra plagada de objetos y accesorios, en demasía o directamente innecesarios muchos de ellos, que más que facilitarnos la vida, a menudo la entorpecen y nos obligan a dedicarles mucha más atención y esfuerzo del que merecen; con infinidad de necesidades y gustos por multitud de cosas accesorias, a las que tratamos como si fuesen fundamentales, de lo que resulta a menudo vaciedad y frustración. Max Scheler lo expresó con lucidez a principios del siglo XX, cuando las sociedades europeas no podían calificarse aún de consumistas: “hay una dejadez general en cuestiones espirituales y del sentimiento, en el cuidar, en el amor y el odio, en definitiva, para todo lo que es profundo y fundamental en la vida. Por contraste, hay una ridícula seriedad excesiva y una ocupación cómica para las cosas que se pueden dominar técnicamente”⁸, y también por aquellos años Bertrand Russell defendió que, tanto en el orden de la psicología de la persona como en el orden de los valores civilizatorios, la inversión de prioridades que significa primar los bienes materiales sobre los espirituales, psíquicos o afectivos equivale, en la persona, a esterilidad o perversión afectiva, en la sociedad, a una ética corrompida obsesionada en lo accesorio⁹. Otra figura notable del siglo XX, como pensador y como hombre de acción fue Mahatma Gandhi, porque supo aunar lo mejor del mundo oriental y el occidental. Él sostenía que la tierra da lo suficiente para satisfacer la necesidad de cada hombre, no la avaricia de cada hombre¹⁰. Y Félix Rodríguez de la Fuente, eminente naturalista y adelantado conservacionista y ecologista, decisivo para la transformación radical de la percepción del medio natural, dejó dicho en sus programas que “...vivimos

⁸ M. Scheler: *Gramática de los sentimientos. Lo emocional como fundamento de la ética*, Barcelona, Crítica, 2003, p. 85.

⁹ B. Russell: *Principios de reconstrucción social*, Madrid, Espasa Calpe, 1975, cap. IV.

¹⁰ E. F. Schumacher, op. Cit. p. 33.

en un planeta que consideramos nuestro, que creemos que los desiertos, las montañas, las aves, los mamíferos, los peces, forman parte de nosotros mismos; que el hombre es el último eslabón de la vida, sin duda por decisión divina, pero también la propia síntesis de la vida. Y que el día que el hombre, malinformado, acabe con la vida exterior a sus epitelios, acabará consigo mismo”¹¹.

Estos principios, y otros en la misma estela que éstos, a juicio de todos los que nos consideramos no productivistas, deben constituir los mimbres con los que comenzar a construir otros modelos sociales, más respetuosos con el medio ambiente, pero también con lo que es lo mejor y esencial de la naturaleza humana. No es éste el lugar para detenerse a considerar la pertinencia y posibilidad de estos principios, así como su aplicabilidad, o sea, su traslación a programas concretos¹². Bástenos aquí con refutar uno de los axiomas centrales del productivismo: que a mayor creación de riqueza menor pobreza. Ya hemos argumentado que no hay *creación de riqueza*: hay mayor o menor concentración de la misma; que la riqueza no es tanto abundancia material, lujo, vida disipada o confort; que los objetos y conductas que parecen reflejarla son en realidad atributos simbólicos del dominio de unos, que por ello los poseen, sobre otros, que por ello no los poseen; que, por lo mismo, pobreza no es carencia material, sino que ésta es el reflejo de subordinación o sometimiento a otros, siendo esto lo esencial y no su reflejo aparente; que si la pobreza fuera en lo esencial carencia material, serían los llamados “pueblos primitivos” (cazadores-recolectores) los más pobres, cuando se ha dicho con razón de ellos que son “sociedades de la abundancia”¹³. En fin, que si la riqueza es en lo esencial dominación y la pobreza sometimiento o sojuzgamiento, lo que resulta ser cierto es justamente lo contrario de lo que sostiene el discurso productivista, es decir, que

¹¹ Félix Rodríguez de la Fuente: vida y obra, RTVA, 2005

¹² Pueden encontrarse elementos para este debate en C. Taibo: **En defensa del decrecimiento**, Madrid, La Catarata, 2009; S. Latouche: **La apuesta por el decrecimiento. ¿Cómo salir del imaginario dominante?**, Barcelona, Icaria, 2008; N. Ridoux: **Menos es más. Introducción a la filosofía del decrecimiento**, Barcelona, Los Libros del Lince, 2009.

¹³ M. Sahlins: **Economía de la Edad de Piedra**, Madrid, Akal, 1977.

a mayor riqueza, mayor pobreza, sean cuales sean los atributos simbólicos de una y de otra.

Este nuevo planteamiento conduce a la impugnación de otro axioma capital del productivismo smithiano: el del trabajo –productivo- como creador de riqueza, el del trabajo –productivo- como contribución básica del sujeto a la sociedad, casi como justificación misma del sujeto ante la sociedad, pues sólo a los incapacitados se les consiente no trabajar perpetuamente o no buscar perennemente trabajo. Ello cuando nadie niega, ni aun los más entusiastas productivistas, que la gran mayoría de los trabajos de nuestras sociedades son penosamente alienantes. La sociedad no productivista, si llega a ser, tendrá que ser un mundo más ocioso y con menos trabajos: sólo aquellos que se consideren auténticamente necesarios, sean realizados por la iniciativa pública o la privada de los comerciantes. El comercio es una actividad que acompaña a la humanidad desde el principio de los tiempos y así deberá seguir siendo, porque procura soluciones que no podrían lograrse de otra forma; así también el deseo de ganancia se cuenta entre los acicates esenciales de la actividad humana. Pero en una sociedad no productivista, los intereses de los comerciantes deberían estar sometidos al control democrático de la sociedad, a la inversa que ahora, pues comprobamos a menudo que la democracia está bajo control de los comerciantes, lo que se consiente o incluso se pretende justificar en la creencia de que serán ellos los campeones que conducirán a la humanidad a un supuesto reino final de abundancia -material- universal.

SOBRE EL DESARROLLO EN LA SIERRA Y EL FUTURO DEL PATRIMONIO

Lo que a continuación se plantea se deriva de lo arriba expresado, y hubiera resultado ininteligible o caprichoso de no haber explicitado ese preámbulo de principios y valores. Me centraré sólo en dos temáticas del previsible –o imprevisible- futuro del patrimonio serrano: la referida a la escala de las cosas de la Sierra y la referida al desempleo, el despoblamiento y sus alternativas-

LA ESCALA DE LA SIERRA

Alcanzar la justa medida en las cosas que los hombres hacemos es harto difícil: lo más frecuente es que nos quedemos cortos o que nos pasemos de largo. En casi todas las cosas, particularmente las que se pueden medir y son tangibles, la civilización contemporánea se ha excedido, a menudo hasta la demasía y el hartazgo. En el fondo, uno de sus grandes problemas es de escala, de escala excedida: por ejemplo, ha ideado infinidad de artilugios que facilitan la vida y son en sí mismo avances, como el coche mismo, pero llevados a la demasía se han convertido en problemas de envergadura.

Justamente, uno de los valores patrimoniales que atesora la sierra, todavía, es que en muchas de las dimensiones que la definen ha preservado la justa medida de lo humano: su urbanismo, su arquitectura, sus lugares, sus paisajes, sus distancias, lo agrario incluso, han preservado la escala humana. Cada vecino es alguien con una identidad, una historia, alguien a quien saludar, alguien con quien compartimos muchas cosas, todas ellas pequeñas, valiosas. Las ermitas, las iglesias, la fisonomía de cada casa tradicional, con esa dualidad mágica de ser a la vez irreplicable y responder fielmente a un modelo acrisolado a lo largo de siglos. Los bosques de castaños, los encinares, los alcornoques..., aunque ocupen cientos de Hectáreas, preservan intacta una escala humana: ningún paraje que recorre el caminante es igual a otro, cada árbol es singular, cada recodo, cada loma, cada manantial, cada regajo, son irrepetibles. ¡Qué contraste supone caminar por una carretera, y más por esas rápidas (*vías rápidas* les llaman) que ya apenas tienen curvas ni rasantes!¹⁴: resulta tedioso caminar por ellas y al caminante le embarga pronto una sensación de desamparo. En cambio, en estos caminos que los campesinos y pastores han preservado para nosotros, parece que nuestras fuerzas se renuevan tras cada remanso. Cientos de senderistas están dispuestos a recorrer horas de tedioso viaje por carretera para venir aquí a recorrer los caminos, y vuelven. ¿Por qué? Tal vez porque en sus lugares han desaparecido los caminos hechos para ser andados, los caminos a escala humana: En el

¹⁴ Como esa vía rápida con que nos amenazan las autoridades de Fomento (de fomento de los que se lucran con el hormigón y el alquitrán, claro).

propio sur de Huelva, en Moguer, los caminos que evocó Juan Razón, que salían y llegaban a las calles del pueblo desde las campiñas, ya no existen: han sido anegados de plásticos y residuos químicos. Sin duda por seguir las máximas de Keines antes aludidas de que “lo bello es sucio y lo sucio bello, porque lo sucio es útil y lo bello no lo es”.

Y lo cierto es que casi todas las cosas en la sierra nos parecen pequeñas, y por ello nos resultan hermosas, como dice Schumacher en el título de su hermoso libro citado. Así las hemos recibido de nuestros ancestros. No es fácil construir escalas pequeñas cuando ya se han perdido. No son pequeñas en realidad: tienen la escala justa y por eso nos agradan; nos parecen pequeñas porque estamos educados en la demasía, en la escala de los veloces automóviles o trenes que barren distancias para llegar antes a ninguna parte, en el reino de la prisa de las grandes urbes, que ya no se pueden andar, donde nadie se saluda, dónde resulta más difícil conversar cada vez. Por eso es muy importante que sepamos preservar y legar después este patrimonio a los que vendrán. Es un valor a preservar.

DESEMPLEO, ENVEJECIMIENTO, DESPOBLAMIENTO

Esta es la tríada de los problemas fundamentales de la Sierra, según han sido diagnosticados por todas las partes. Los responsables políticos y los técnicos reconocidos, que parten todos del paradigma productivista, se devanean los sesos en busca de alternativas que, claro está, responderán todas a las máximas del modelo en el que se encuentran atrapados. Es decir, no son alternativas, sino más de lo mismo: “crecimiento” y mejora de las actividades económicas actuales de la Sierra y creación de otras nuevas que generen beneficios y ofrezcan empleo. Por este camino, a lo más que puede llegarse es a proponer la mejora de las infraestructuras (porque siguen creyendo que las grandes vías de comunicación traerán el *Progreso*, sin reparar en que pasará de largo, como pasó el Mister Marshall del genial Berlanga), a “abrir la mano” (en todos los sentidos) a la especulación inmobiliaria y a supeditar a los serranos a las exigencias de un turismo que, si ha de ser *creador de riqueza* y capaz de generar empleo en volumen significativo, ha de ser masivo y predador. Señalan también los expertos productivistas

la conveniencia de mejorar los márgenes y el volumen de negocio de la agroindustria de transformación, especialmente de los mataderos. Pero nadie cree de verdad que, si tales condiciones acontecieran, se solucionarían los problemas de desempleo en la Sierra. Porque, además, la creciente eficiencia técnica, la mecanización, automatización y robotización de los procesos, no sólo no requiere más mano de obra, sino que la expulsa, así en los mataderos como en cualquier actividad capitalista.

Todos saben, aunque no quieran reconocerlo, que el desempleo ha llegado a nuestras tecnológicas sociedades para quedarse, y más aun en medios rurales y agropecuarios. El discurso de que el desempleo es un mal coyuntural que se solucionará es, por tanto, un discurso cínico y cruel, porque contribuye en el fondo a perpetuar situaciones presentes de desigualdad e injusticia y a posponer la búsqueda de otras soluciones.

El paradigma no productivista, es decir, el ecologismo, está aun lejos de disponer de un programa de actuación, ni para la Sierra, por supuesto, ni para marcos geográficos mayores. Ya es importante denunciar la falacia que representa el productivismo, el callejón sin salida en que se encuentra y los graves daños sociales y medioambientales que viene provocando. La Sierra, en el marco más amplio de Andalucía, España y la Unión Europea, tendría que dar pasos decididos en algunas direcciones alternativas, como por ejemplo:

Hacia el establecimiento de la renta básica universal: todo ser humano, por el hecho de serlo, por la dignidad intrínseca que lo constituye, tiene igual derecho que todos los demás a sentarse a la mesa de los recursos que se consideren esenciales: de alimentación, sanitarios y educacionales.

Hacia la aproximación al cumplimiento de los principios de la soberanía alimentaria propuestos por Vía Campesina en el Foro de Roma de 2002, y de la disminución de la huella ecológica que conlleva el tráfico mundial de semillas y alimentos progresivamente más deslocalizados, así como el control de los mismos por unas pocas corporaciones multinacionales. Es decir, en pro de una relocalización alimentaria y un regreso de los alimentos

a más pequeñas escalas y a las variedades locales de semillas, garantía de la diversidad y riqueza ecológica. La producción de alimentos no debería estar supeditada exclusiva ni fundamentalmente a la exigencia de los mercados o, lo que es lo mismo, a las expectativas crematísticas, sino que debe responder al principio esencial de atender a las necesidades de sustento de las poblaciones locales y las regiones descapitalizadas.

El fortalecimiento de las fórmulas de participación democráticas y la participación de todos en la toma de decisiones o, cuando menos, en el diseño de las estrategias políticas de fondo. En la Sierra estas fórmulas tendrían que ser capaces de articular lo local y lo comarcal, para superar el localismo prevalente sin anular las especificidades locales

Un cambio del modelo educativo, que reeduce desde pequeños en una vida más sencilla, menos competitiva y más solidaria, que proteja y amplíe los vínculos de igualdad y mutua confianza; de apoyo a los que más lo necesitan, de saber discernir entre lo accesorio y lo esencial para una vida digna, y de desapego hacia muchas de las prótesis tecnológicas que nos acompañan y a menudo nos embargan.

Hacia una reapropiación por las comunidades de los trabajos que son verdaderamente provechosos y necesarios de hacer, para decidir entre todos cómo hacerlos y por quién, en la confianza de que los trabajos que se consideren verdaderamente importantes encontrarán brazos, inteligencia y entusiasmo sobrados, porque todo ser humano maduro y sano quiere ser útil a la comunidad en la que se reconoce.

